



VENTANA ABIERTA


Licencia para: Consejo Escolar de Navarra

Las identidades múltiples

Ni de aquí, ni de allí: de aquí y de allí

Núria Empez

Uno de los errores que cometemos es considerar que tenemos una única identidad y que debemos elegir la de pertenencia. Las personas estamos formadas por identidades múltiples y el reconocimiento de estas como un valor positivo, en especial en el colectivo joven, abre ventanas hacia la inclusión social para terminar viviendo la heterogeneidad como normal.

PALABRAS CLAVE 

- IDENTIDADES MÚLTIPLES
- INCLUSIÓN
- CONVIVENCIA
- EDUCACIÓN SOCIAL

Desde el año 2003, trabajo como educadora social con jóvenes de origen inmigrante, de los 12 a los 25 años, sea cual sea su procedencia, situación familiar, económica-social y administrativa (regular o irregular, los mal llamados *sin pape-*

les). En el transcurso de estos años, me he dado cuenta de que **se presta mucha atención al sentimiento de pertenencia de los chicos y las chicas**, ya hayan nacido fuera de España y hayan migrado de forma autónoma o con su familia, o hayan nacido en España y sean fruto de

las conocidas como *segundas generaciones*.

El sentimiento de pertenencia se vislumbra como si fuera una figura estática e inamovible, donde al sujeto se le pide escoger entre una de las culturas (entendidas también como rígidas

El joven vive entre la lealtad a su tradición cultural de origen y la voluntad y demanda de inclusión

e unificadas), segmentadas entre origen y destino, con una visión de incompatibles y donde una, la de destino, está mayormente mejor valorada que la otra.

Este enfoque seguiría la teoría de Samuel Huntington (1996) de choque de civilizaciones, donde no es compatible la armonía entre Oriente y Occidente. Por otro lado, refleja una visión estática del concepto de cultura. Si entendemos cultura como todo lo que no es biología, vemos que está en transformación constante y raramente nos pondríamos de acuerdo en qué es ser un buen catalán o un buen menorquín. En cualquier caso, estaríamos de acuerdo en que un catalán del 2018 es diferente del de 1800, así como un catalán de Sant Llorenç de Morunys puede ser muy diferente a uno de Cornellá; o, sin ir más lejos, un barcelonés de la Bonanova puede moverse en un circuito muy diferente que uno del Raval, ya que conceptos de género, edad, extracto social, etc., influyen en nuestros valores, sentimientos de pertenencia y significados culturales.

¿QUIÉN SOY? ¿QUIÉN QUIERO SER?

En el colectivo joven de origen inmigrante, en un periodo donde se está fraguando la personalidad, donde el adolescente entra en crisis y se pregunta quién es y quién quiere ser, demasiado a menudo, vive entre la lealtad que debe a su familia, la que se le supone a su tradición cultural de origen, y la voluntad y demanda de inclusión en la sociedad de destino.

En realidad, todo es mucho más simple, si nos centramos en las teorías de las identidades culturales múltiples. Amin Maalouf (1999), en su libro *Las identidades asesinas*, señala:

Una identidad asesina es aquella que reduce la identidad a la pertenencia de una sola cosa e instala a los hombres en una actitud parcial, sectaria, intolerante, dominadora y, a veces, suicida. Su visión del mundo está, por ello, sesgada, distorsionada.

Frente a ella, está la visión de las múltiples pertenencias, donde todos nos construimos a partir de diferentes referentes de pertenencia, unas ligadas a la etnia y otras no, unas ligadas a la religión y otras no, que suman y nos hacen más ricos en saberes y en competencias.

Aquí tenemos que desligarnos del etnocentrismo imperante y prestar más atención al bagaje de los jóvenes con los que trabajamos, por ejemplo: cuando se considera que un chico es analfabeto porque no sabe escribir en caracteres latinos, pero quizás sepa en árabe, cirílico, urdu, etc. Hay que valorar los aprendizajes adquiridos como una riqueza que suma con los aprendizajes nuevos y tener en cuenta que, por generación y por edad, así como debido a la globalización –sobre todo a las grandes cadenas comerciales y las redes sociales e Internet– tienen más en común dos jóvenes de distintos países (gustos de ropa, musicales, de comida y bebida, etc.) que una adolescente y un abuelo del mismo país.

Hay que valorar las múltiples identidades como un bien común, como algo que nos construye y nos da más herramientas como personas, y no como una cosa objetiva que se ha de escoger. Cuando el joven se rebela o entra en crisis es cuando se da cuenta de que la sociedad no valora por igual una cultura que otra, su identidad se ve interpelada y puede reaccionar con baja autoestima o con rebeldía, lo que a menudo se confunde con fanatismo cultural.

Las identidades múltiples son un bien común y algo que nos construye, no una cosa objetiva para escoger

A MODO DE REFLEXIÓN

En Cataluña, desde los Departamentos de Interior y de Enseñanza de la Generalitat, se creó el PRODERAI¹ (Protocolo para la Detección y Prevención de la Radicalización Islámica en los Centros Educativos), que, si bien aboga por actividades didácticas para el grupo-clase, destina la detección de la radicalización, a partir de indicadores dudosos, exclusivamente al alumnado musulmán, que se convierte en sospechoso al que hay que vigilar.

Un símil sería tener bajo sospecha a todos los seguidores de un equipo de fútbol, partiendo de la idea de que hay algunos hinchas que utilizan la violencia. Esa vigilancia puede provocar el efecto contrario al deseado: por un lado, que los alumnos y las alumnas que sientan cuestionadas sus características culturales o valores los reafirmen y/o magnifiquen; y, por otro lado, que los docentes vean «fantasmas» donde no los hay.

Mi experiencia como educadora social me ha mostrado que los chicos y las chicas que han derivado hacia

actitudes que se podrían considerar más «radicalizadas» (que no terrorismo) han sido precisamente los que más esfuerzo realizaron para integrarse, pero se dieron cuenta de que sobre ellos siempre planeaba la sospecha, la barrera de no ser como «nosotros». Se les mantenía en el rol del «amigo inmigrado», no como uno más. Al ver frustradas sus posibilidades de plena inclusión en el país de destino –y me centro solo en actitudes, no entro ya en términos administrativos, de lo que supone no tener nacionalidad–, derivaban hacia una instrumentalización de las (supuestas) costumbres del país de origen. Es decir, ya que, si la sociedad nos pide ser de aquí o de allí y no puedo ser de aquí, me queda intentar ser lo «más de allí» posible.

En realidad, los centros educativos y la sociedad en general deberían mejorar la atención a la desigualdad y dedicarse a lo que les pertenece: la educación y la pedagogía, no la vigilancia ni el control. Desde hace varios años, el psicólogo y pedagogo Enrique Martínez Reguera (2015, 2017) alerta de las dificultades de crianza en el mundo actual, en el que se ha pasado de familias extensas a nucleares, y en cual, por las condiciones de vida, de trabajo, ritmo vital, etc., hay menos tiempo de convivencia e intercambio personal dentro de ella. Además, la familia posee cada vez menos capacidad de influencia y significación sobre los hijos, pues factores externos como la publicidad, Internet, móviles, redes sociales, sociedad de

consumo, etc., tienen cada vez más peso en la vida de los chavales y en la nuestra propia.

Por otra parte, resulta más preocupante el rol de la escuela, que antaño se asemejaba a una extensión de la familia donde se transmitían valores. Va derivando a la impartición de instrucción no significativa y el ejercicio de control, más propio del Código Penal que de la pedagogía. Así pues, deberían revertirse estos roles, donde la familia (sea cual sea el modelo) vuelva a tener el peso de la significación y la escuela sea un espacio de intercambio pedagógico en el que se aprenda a partir de la significación.

En cuanto a las políticas, no deberían dedicarse a señalar la diversidad y la alteridad, sino a combatir las desigualdades, que son la base de fracaso escolar y personal de muchos de los niños y jóvenes. En este sentido, coincido con el antropólogo Manuel Delgado, que en un artículo publicado en *El País*, el 15 de enero de 1998, abogaba por el derecho a la «indiferencia», donde la sociedad se pueda preocupar por las desigualdades, por el bienestar de sus ciudadanos, pero no señalar

En una sociedad sana no harían falta programas de inclusión social, se viviría la heterogeneidad como normal

Los programas compensatorios deberían destinarse a promover la igualdad de oportunidades

la diversidad; que la heterogeneidad se viva como normal, ya sea religiosa, de orientación sexual o de otra índole, que no haga falta señalarla, ni siquiera con intenciones positivas, como las fiestas de la diversidad que enaltecen el folclore, pero perpetúan los roles y señalan al otro como un «extraño».

Una vez aceptada la premisa de las identidades múltiples, hay que dar un paso más allá. Así pues, en una sociedad sana, no harían falta programas compensatorios y de inclusión social, como pueden ser los actuales programas de sensibilización LGTBI, las semanas culturales, etc., porque la sociedad viviría la heterogeneidad como normal, algo que no llama la atención, y señalaría al otro como un igual, pues todos compartimos el concepto de ser humano. Los programas compensatorios deberían destinarse a promover la igualdad de oportunidades y luchar contra la exclusión social, y no centrarse en las peculiaridades de quienes la sufren.

En el caso de los jóvenes de origen inmigrante, el hecho de poder vivir no solo como compatible sino como deseable sentirse de aquí y de allí ayudará a crear personas más sanas y comprometidas. Como señala Najat el Hachmi en un artículo publicado en *El Periódico* el 30 de junio del 2018, llamado «La trampa de la interseccionalidad»:

Entretenidos en buscar el discurso más contestatario, olvidamos que la gran diferencia no es otra que la de siempre: la desigualdad. •

NOTA

1. El protocolo PRODERAI puede consultarse en la página web del Departamento de Educación de la Generalitat de Catalunya. Disponible solo en catalán: <http://educacio.gencat.cat/documents/PC/ProjectesEducatius/PRODERAI-CE.pdf>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DELGADO, M. (1998): «El derecho a la indiferencia». *El País* (15 enero). También disponible en: <https://bit.ly/2RxvmxY>
- EL HACHMI, N. (2018): «La trampa de la interseccionalidad». *El Periódico* (30 junio). También disponible en: <https://bit.ly/2Pmg51A>
- HUNTINGTON, S.P. (1996): *Choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- MAALOUF, A. (1999): *Las identidades asesinas*. Madrid. Alianza.
- MARTÍNEZ REGUERA, E. (2015): *Manifiesto personal contra el sistema*. Madrid. Popular
- (2017): *Criterios básicos en la educación de chicos rebeldes*. Madrid. Popular.



HEMOS HABLADO DE:

- Escuela inclusiva.
- Identidad y autonomía personal.
- Educación para la convivencia.
- Educación social / acción comunitaria.



AUTORA

Núria Empez Vidal

Espai Jove - Equipo Técnico de Servicios Sociales de Atención a Jóvenes en la Inmigración. Ayuntamiento de Manresa (Barcelona)
nempez@ajmanresa.cat

Este artículo fue solicitado por AULA DE SECUNDARIA en julio de 2018 y aceptado en septiembre de 2018 para su publicación.